



Mamá Sin Nombre



Ana María Cortés García

Dedicatória

An anatomical illustration of a dog's skeleton and internal organs. The dog is shown in profile, facing right. The skeleton is rendered in a light tan color, showing the skull, spine, ribs, and four legs. The internal organs, including the lungs, liver, stomach, and intestines, are shown in various colors like red, yellow, and blue. A large, semi-transparent maroon shape is overlaid on the center of the image, containing the word 'Dedicatória' in white serif font.

SKELETON AND INTERNAL ORGANS OF THE DOG.

Yo estaba estudiando en la Universidad de los Andes, me iba a ver con mi gran amiga Diana Katherine. En realidad, yo era la única que le decía Diana, todos la llamaban Katherine. Ella vivía en Suba y era como yo, sin plata, pobre, deslucada o como usted le quiera llamar. Nos conocimos en la Universidad Distrital y siempre nos hablábamos de parceras. Debo decir que nunca terminé mi carrera allí, en la Distri, porque resulté en los Andes, guevón.

Eliana, una compañera de los Andes que no es de acá, si mal no recuerdo era de Casanare de familia adinerada. En un tonito despectivo me decía:

–Tu no pareces de acá, no pareces cachaca porque cuando hablas no dices o sea marica y así.

Me reí y pensé ¿cómo gomela? pero no le dije nada. Seguramente piensa que todas las rolas uniandinas hablamos así, pero yo soy uniandina y la verdad es que

yo soy ñera y hablo como ñera. Sin duda nos hubiéramos reído a carcajadas con Diana ¡Ay, cosas que pasan en los Andes mi perro!

Un día le iba a contar a Diana que estaba estudiando arte allí en los Andes y, además, contarle otra cosa que tenía entre pecho y espalda. Le escribí, nos pusimos cita y nos reunimos una tarde, no recuerdo bien el día ni la hora exacta. El lugar si lo recuerdo bien: la esquina de la calle veintidós con carrera tercera, justo diagonal a la

estación de Universidades donde hay unas esculturas raras que parecen cabezas, yo creo que son mujeres, aunque lamento que se vean tan pesadas e inamovibles tanto es que en sus gestos se ve cierta agonía, posiblemente Galaor Carbonell, el escultor, no estará de acuerdo conmigo, quien sabe que significarán. Cuando me encontré con Diana me dijo:

–Ana, acompáñame a la Tadeo, voy a comprarme mi boleta para ver a Caifanes.

Sí de una vamos, vamos rápido porque tengo un poco de afán –Le dije–. Y tarareamos : ... pareceemos nuuuubes... que se las lleva el vientooo..... cuando hay huracanes.... cuando hay maal de amoreeees... parecemos preeesos y como presos pensamos....

Íbamos caminando y de la nada le dije:

–Estoy estudiando en los Andes.

Me miró no muy sorprendida de todos modos fingió estarlo, supongo que alguien más le contó. Tengo la sospecha de que fue Laura, otra amiga que me regaló la Distri, la única que sabía que yo estaba estudiando en los Andes, aunque era muy raro pues ellas dos estaban peleadas y no se hablaban, pero pues ajá, los chismes vuelan. Solo me dijo – Marica, ¿Y cómo putas pagas? Si tu vienes de la Distri.

Aunque quería decirle me

quedé callada, pues me daba pena decirle que estaba con una deuda ni la más hijueputa y que me iba a tocar vender uno de mis riñones en unos 15 añitos si lo del arte no me daba. En realidad, no hablamos mucho. No hablamos de nada, creo que ya había pasado mucho tiempo desde que había dejado la Distri y nuestra conexión ya no era tan fuerte.

A los pocos minutos regresamos a la esquina donde nos habíamos encontrado y estábamos a punto

de despedirnos, nos dimos un abrazo y nos prometimos volver a vernos. Me tenía que ir porque con mi mamá habíamos quedado de vernos en la estación de Universidades para que yo la acompañara a su terapia. Justo en ese momento, en ese abrazo, un señor de unos 70 años (le pongo yo) tuvo una convulsión. El señor iba con un traje y un bastón algo gastados, iba solo y estaba en una chaza comprando dulces cuando cayó. La señora de la chaza estaba

angustiada y se tomaba la cabeza porque se sentía culpable y decía: "ay no, yo pa' que le vendía dulces". No sabíamos qué hacer, gracias a dios ahí se la pasan los vigilantes de la Tadeo quienes inmediatamente llamaron a unos paramédicos, o eso creo, por lo menos sabían de primeros auxilios. El señor cayó muy fuerte al suelo, tanto que le sangraba la cabeza y estaba morado. Diana se puso a llorar y yo me congelé, supongo que es más fuerte que yo, así que

ella llamó al 123. Mi mamá ya me estaba esperando en la estación, Diana lloraba y hablaba por el celular, yo tenía que contarle algo más, pero no tenía más tiempo; tuve que irme y nunca le conté. Quizás el tiempo nos estaba diciendo que en definitiva ya se había perdido nuestra conexión o a lo mejor no era el momento apropiado para contarle esa dolorosa historia. Tenía que contarle que íbamos a terapia porque mi mamá un año atrás

intentó quitarse la vida. Esperó a estar sola en casa, se tomó quién sabe cuántas pastillas de esas para dormir, y para no respirar se amarró la panza con un cinturón. Por cosas de la vida mi hermano, quien ya no vivía con nosotros, y mi cuñada llegaron a tiempo, la encontraron desorientada y con los parpados casi negros, pero viva. Ella nos decía a mis hermanos y a mí que tenía mil razones para haber tomado esa decisión. Una de las razones era porque ella

estaba enferma de su columna y el dolor era insoportable, otra de las razones era porque mi mamá me había intentado matar meses atrás. Sí, tal como en el libro *La Perra* de Pilar Quintana en el que la protagonista Damaris mata a Chirli. Creo que esto se le ocurrió porque en una ocasión me escuchó hablar con una de mis amigas sobre esa historia y lo desconcertadas que estábamos. No podíamos imaginar semejante aporía de Damaris que amando

tanto a su perra, como si fuera su propia hija, le hubiera hecho tanto daño. Damaris con sus propias manos ahorcó a Chirli, la tuvo en sus manos hasta que sintió la tranquilidad de que no respiraba.

Supongo que a mi mamá le había quedado sonando esa idea e intentó hacer lo mismo conmigo, por suerte no lo consiguió. Mi mamá me tomó del cuello, igual que Damaris tomó a Chirli, me tomó tan fuerte que me ahogaba. Pienso que en ese momento

descargó todas sus frustraciones de ser mamá y la entiendo. Cuando se conectó de nuevo a la realidad, y al verme tan morada, y que yo no podía dejar de mirarla recordó que no era como Damaris que me amaba tanto que no podía terminar con mi vida.

A veces me pregunto ¿Qué hubiera pasado si yo hubiera muerto? O ¿Qué habría sucedido si ella hubiera muerto? Ambas cambiamos desde lo ocurrido. Yo la amo, pero no logro perdonarla,

no sé si mi mamá me ama o me odia. Siento culpa y resentimiento a diario, más por el hecho que ella quiso quitarse la vida y abandonarme; y no porque ella intentó quitarme la mía. Pienso incluso que está bien que me odie, a veces está bien que una mamá odie un poco a sus hijos que pueda lanzarse al vacío y abandonarlos para no volver nunca.



